



[www.loqueleo.santillana.com](http://www.loqueleo.santillana.com)

© 2016, Fernando J López

© De esta edición:

2016, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-156-2

Depósito legal: M-37. 913-2015

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: febrero de 2016

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

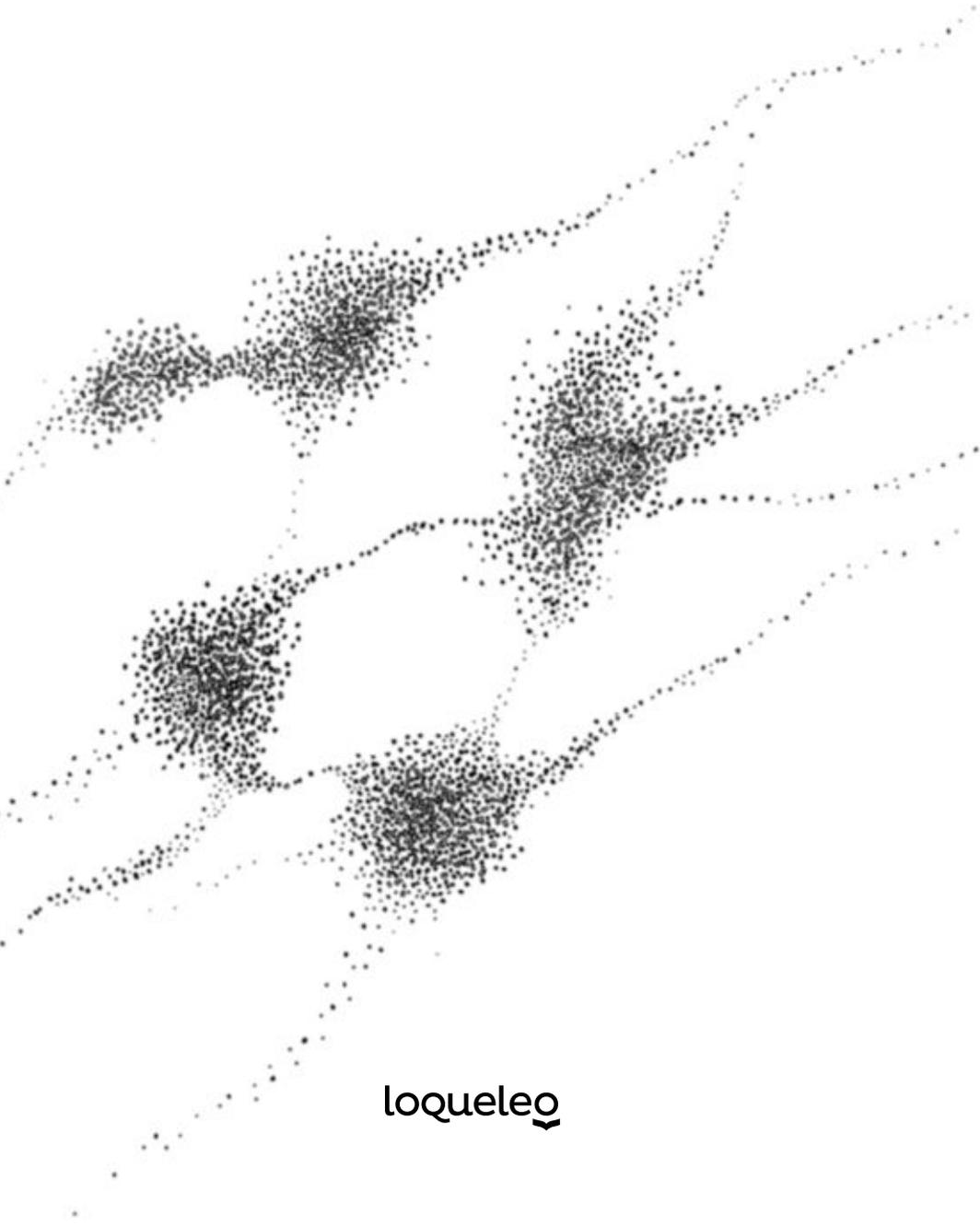
Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Rosa Marín, Julia Ortega y

Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución,  
comunicación pública o transformación de esta obra  
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,  
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org))  
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Los nombres del fuego  
Fernando J López



loqueleg

*A mi abuela,  
porque su aliento es raíz  
de la que nacen mis palabras.*

*Y a Érika, Julia y Violeta,  
para que siempre elijáis  
el nombre de vuestros sueños.*

Aun el jade se rompe,  
aun el oro se quiebra,  
aun el plumaje de quetzal se rasga...  
¡No se vive para siempre en la tierra!  
¡Solo un breve instante perduramos!

Poema azteca

*(Historia de la literatura náhuatl*  
de ÁNGEL MARÍA GARIBAY)

La distinción entre pasado, presente y futuro  
es solo una ilusión, aunque una muy tozuda.

ALBERT EINSTEIN

El guerrero tlaxcalteca se defendía con rabia. Era consciente de que solo le quedaban unos instantes de vida, pero no estaba dispuesto a morir como un cobarde y se esforzó por aniquilar, uno a uno, a los oponentes aztecas que, bajo sus trazas de jaguar, subían a aquella rueda giratoria.

Con la pierna derecha atada al eje de la plataforma, sus movimientos se veían limitados ante la furia de sus oponentes, entrenados para darle muerte en el sacrificio ritual. Xalaquia observaba la escena desde lejos, oculta en la muchedumbre que gritaba enardecida con cada nuevo golpe. Sin embargo, la arrogancia de los atacantes encontró un duro escollo en el orgullo de quien estaba destinado a ser su víctima y los tres primeros contendientes recibieron cortes de tal profundidad que cayeron, sin vida, sobre la plataforma.

—¡Tlahuicole ha vuelto del infierno! —gritó uno de los sacerdotes—. El dios del inframundo lo ha devuelto a nosotros.

Xalaquia recordó a aquel hombre, casi un gigante, llamado Tlahuicole y a quien Moctezuma había obligado a combatir al frente de sus tropas. Tras obtener la victoria para el bando azteca, el guerrero había pedido ser sacrificado en esa misma rueda antes que tener que asumir el deshonor de volver a su pueblo como general del ejército enemigo. Se dispuso a recibir la muerte, no sin matar antes a ocho contrincantes y herir de gravedad a otros veinte. Ahora, al ser testigos del cielo con el que el indómito joven defendía su vida, la multitud allí congregada no podía dejar de pensar en la muerte del prodigioso Tlahuicole.

Cuando estaba a punto de subir el cuarto guerrero, un sacerdote detuvo la ceremonia. El oficiante se dirigió a todos los allí congregados y les comunicó el deseo que había manifestado el mismísimo emperador Moctezuma el Joven de conceder su gracia al valiente soldado de Tlaxcala a cambio de que este, como Tlahuicole en su día, se sumara a las tropas de Tenochtitlan y combatiese al frente de ellas.

Xalaquia sintió cómo su corazón se aceleraba y concentró toda su energía en desear una única respuesta por parte de aquel joven que acababa de ganarse el derecho a decidir sobre su propia vida. Invocó la protección de Coatlicue, la diosa de la falda de serpientes, y repitió para sí un conjuro que, según había aprendido, tenía el poder de forzar voluntades.

La magia de sus palabras, sin embargo, no pareció tener efecto alguno en el ánimo de aquel soberbio joven.

El sacerdote tampoco podía creer que prefiriese morir a manos de sus enemigos antes que conservar la vida uniéndose a ellos. ¿Tan cara vendía su lealtad el pueblo tlaxcalteca? Xalaquia cambió las súplicas por amenazas y advirtió a Coatlicue que renegaría de su culto si no impedía que el joven muriese.

En ese instante, justo cuando la joven repetía por tercera vez los versos finales de su conjuro náhuatl, la tierra se oscureció y los cielos se abrieron con furia en una terrible tormenta. Los rayos, que caían con ira sobre la tierra, incendiaron la plataforma y provocaron la dispersión de los allí congregados mientras los sacerdotes intentaban mantener la calma y encontrar el modo de acabar de una vez con aquella ceremonia. Cuando cesó la lluvia y el agua arrastró consigo los últimos rescoldos del fuego, no había rastro alguno del guerrero tlaxcalteca: tan solo quedaba, medio carcomida por las llamas, la soga que lo ataba a la piedra, arrancada de cuajo como si la hubiera mordido una bestia salvaje.

Xalaquia regresó con su familia y prometió a Coatlicue toda suerte de dones y ofrendas en cuanto la lluvia cesase. Esa noche presintió cómo se adentraba en el interior de la selva un majestuoso jaguar... Si sus sueños no la engañaban, y rara vez lo hacían, sus caminos estaban destinados a volver a encontrarse.

14 Todo ha ido muy bien hasta que me has soltado la excusa habitual.

La misma que he oído en otras voces —en otras miradas— estos últimos dos años. Que si ha estado bien, que si ya nos veremos por ahí, que si ahora solo buscas divertirme... Y no sé bien qué es lo que busco yo, ni por qué he acabado enrollándome contigo al final de una fiesta en la que todo —salvo tú— me ha parecido vulgar y aburrido, pero preferiría que no hubieses dicho nada. Que no hubieses dado por hechos mis sentimientos. Ni mis expectativas.

No tengo mucho de eso. Expectativas, quiero decir. En parte porque no sé si es muy práctico acumular deseos que quizá nunca vayan a cumplirse, y en parte porque a veces creo que lo que de verdad me da miedo es que se cumplan. No sé si entiendes eso, ni siquiera sé si debería habértelo contado, pero sí recuerdo que justo antes de que empezáramos a besarnos intenté decirte algo así.

—Eres un poco rara, ¿no? —me respondiste.

—¿Eso es malo?

Tu mano ya rozaba mi cintura. Tus ojos, desde tan cerca, parecían más azules aún.

—No, nada... Me gusta.

—¿Te gusta que sea rara? ¿O que sea tan solo «un poco rara»? Por cierto, ni siquiera sé si me has dicho tu nombre.

—Raúl.

No dices nada más y vuelves a besarme. No eres demasiado hábil, pero admito que le pones la suficiente energía como para que no me aburra. Para que, sin decírtelo, siga teniendo ganas de más.

—Sabes bien... —me dices.

Y soy un poco rara. No sé si con esas dos cualidades —saber bien, ser rara— me espera un gran futuro sentimental. Saber bien suma puntos, imagino. Pero ser rara, no. Y no es que me esfuerce en parecerlo, pero tampoco me sale espontánea esa supuesta normalidad con la que los demás parecen sentirse tan cómodos. Tan identificados.

—Tenemos que irnos, Abril.

A veces, cuando me miran con la intensidad con la que me miras tú, se me olvida que, además de dieciséis años, también tengo un millón de normas que cumplir. Porque la madurez —seas rara o no— no sirve de gran cosa cuando discutes con tu madre sobre la hora de llegada. Sobre todo si tu madre está obsesionada contigo desde que se ha divorciado y ha decidido que la protección —entendida en su expresión superlativa— es la mejor medida para evitar problemas. Y, en especial, para no tener que pensar en su propia vida.

—No te pillo.

Apuras la copa y te cojo el vaso sin preguntar. No sé qué es, pero sabe amargo. Sonríes y me dices que lo de hoy «no hay que tomarlo en serio», que solo ha sido «una noche guay». ¿No te lo he contado? Odio a la gente que dice que algo es «guay», así que ahora me doy cuenta de que no tiene sentido que yo comparta mucho más contigo... No. Mejor me voy.

—¿Tan pronto?

16

Qué remedio. Marina trae los abrigos y me empuja sin ningún tipo de delicadeza hacia la puerta. Ni siquiera le damos las gracias a Nico por la fiesta en su casa y salimos corriendo para coger el último metro. Tampoco le hemos visto mucho. Se ha pasado la tarde con Hugo, aunque tengo la impresión de que siguen en el mismo lugar en el que se encontraban... En punto muerto.

—Y tú, Abril, ¿qué tal con ese?

Marina no ha tenido suerte —hace tiempo que no la tiene, en realidad— y, para que no pase un mal rato, le hago un relato completamente frío de lo que sí me ha pasado a mí. Le cuento que no ha sido nada del otro mundo. Que casi no hemos hablado. Que solo me he enrollado contigo porque no tenía nada mejor que hacer. Marina sonrío, no sé si porque me cree o porque agradece que no magnifique lo que ella, ahora mismo, echa en falta.

—Sabes, creo que mi cutresuperpoder está fallando un poco.

No puede ser. Marina es, hasta la fecha, la única de los tres que no se ha encontrado con su verdadera néme-

sis. Los demás, sí. Nico y yo sí que tenemos claro cuál es nuestro cutresuperpoder y cuál es la kriptonita que lo anula. No sé si todo esto de viajar en el tiempo ya nos venía de serie o si ha sido una mutación a lo X-Men, pero eso es lo de menos. Lo único que importa es que hemos aprendido a controlarlo y a sacarle el máximo partido. El cutresuperpoder de Marina consiste, así lo llama ella, en viajar al pasado. Es capaz de convertir cualquier experiencia negativa en algo positivo. Le basta con un segundo para reorganizar una situación y transformarla, a su antojo, en un recuerdo favorable.

17

—Pues ya ves, Abril. Hoy no consigo que funcione.

Le digo que no se preocupe, que eso nos pasa a todos los mutantes, pero en realidad sí que me preocupa que sea incapaz de alterar un recuerdo tan sencillo como el de una vulgar fiesta.

—Estoy cansada. Nada más.

Prefiero no presionarla y finjo que me convence su respuesta. Le describo alguna ocasión en la que el mío también ha fallado. Ella me confiesa que le gusta más mi cutresuperpoder que el suyo. Le respondo que cada cual tiene sus propias ventajas e inconvenientes y Marina asiente. En mi caso, claro que a veces resulta muy útil poder viajar hacia otra realidad paralela que me permita anular cuanto sucede a mi alrededor. Y lo mejor es que quien está junto a mí no lo nota, porque da la impresión de que sigo atenta a sus palabras. Hasta la fecha, siempre he sido capaz de continuar una conversación en la que no estaba presente, porque mi particular don actúa con

rapidez, como una segunda piel que ofrece la respuesta más adecuada mientras yo sigo lejos —mucho, muy lejos— en otro lugar y entre otros pensamientos. Otras imágenes, escenas que no sé bien de dónde vienen, pero que anulan cuanto sucede a mi alrededor. Si Marina es capaz de viajar al pasado y cambiar lo vivido, yo lo soy de hacerlo en el presente y apartarme de lo que supuestamente debería estar viviendo.

—Es útil, ¿no?

18

En casa, sí. En casa, con mi madre, desde que la situación ha cambiado a peor, todo lo que me permite evadirme es siempre muy útil.

—Entonces, ¿no le has dado el móvil? ¿Ni siquiera el Facebook? ¿O el Twitter?

Le explico que no pretendo volver a verte, que ha sido solo un encuentro para pasar el rato, que si no hubiera tomado ese vaso de vete a saber qué, jamás me habría enrollado contigo. Me escucho contándole a Marina lo que sé que necesita oír mientras, en mi cabeza, se cruzan mis palabras sobre ti con mis imágenes contigo. Y entonces, gracias al cutresuperpoder que me aleja de todos y me lleva a otros lugares donde a veces no sé si quiero estar, vuelvo a sentir el roce de tus manos sobre mi cintura, la rotundidad de tus labios en los míos, la intensidad de tu mirada sobre mi cuerpo. Pero eso no se lo digo a ella. Ni te lo digo a ti. Eso lo pienso ahora, aquí, en la soledad de este dormitorio donde puedo ser tan rara —¿por qué todo el mundo intenta definirme con un solo adjetivo?— como me apetezca, donde puedo recordar ese último beso

que, ya lo sé, no significó nada, pero que me ha hecho olvidar que hoy, hace exactamente un año, cambió todo.

Y solo por eso, por haberme ayudado a construir un nuevo recuerdo para este maldito 3 de septiembre, ese instante contigo ya mereció la pena.

## Xalaquia

20 Cuando sus padres consultaron el *Tonalpohualli* supieron que su nombre sería Xalaquia. El Libro de los Destinos jamás había errado con las palabras que atribuía a los miembros de su comunidad, aunque en este caso Ohtonqui no entendiera bien qué relación podía haber entre el futuro de su hija y la arena que señalaba el calendario sagrado. La muerte de su madre en el parto había marcado aquel nacimiento con la tragedia y Ohtonqui esperaba que la hija llevase consigo el alma noble y sumisa de la mujer que le había dado la vida.

La niña recibió su nombre igual que años atrás lo había hecho su hermano. Tardaría tiempo en entender hasta qué punto aquellos sonidos cincelaban su carácter y, más aún, su futuro. «La que viste de arena». Tan pronto como tuvo uso de razón, a Xalaquia comenzó a atormentarla la idea de ver su cuerpo cubierto de tierra, y sus sueños se llenaron de tormentas de arena que la desvelaban a mitad de la noche. Envidiaba la suerte de Izel, su hermano, a quien le había correspondido el nombre de «Único», en una promesa de excepcional-

dad —y de libertad— que ella sentía muy lejos de sí misma.

—Cada uno de nosotros tiene su lugar —le repetía su padre, uno de los chamanes más respetados del pueblo, perteneciente a uno de los antiguos linajes de la nobleza Pipiltin, la nobleza hereditaria azteca.

—Pero yo sigo sin saber cuál es el mío.

—Cuando llegue el momento, lo sabrás.

Aquellas palabras no conseguían serenar su ánimo. ¿Qué momento era aquel que tenía que llegar? ¿Y cómo lo sabría? ¿Tendría algo que ver con la arena que vaticinaba su nombre? Cuando las dudas la acuciaban, se esforzaba por convencerse de que el *Tonalpohualli* se equivocaba. Nunca se lo confesó a nadie en voz alta, porque temía que su arrogancia despertara la ira de sus dioses, pero se repetía que aquel libro podía haberse confundido en la profecía de su futuro.

—Tu sitio está aquí. Con tu familia.

—¿Y el tuyo, hermano?

Izel alzó sus armas y la miró fijamente. Aquel era su lugar, la guerra para la que había sido entrenado desde hacía ya ocho años. Xalaquia recordaba como si fuera ayer la noche en que lo apartaron de su lado. Ella se esforzó por seguirlo sin que la descubrieran y pudo ver cómo unos soldados cortaban el cabello de unos quince niños de su edad, hasta dejar solo un visible mechón central en sus cabezas. Izel no tenía más de diez años y ella, en aquel instante, sintió una mezcla extraña de envidia y miedo. Envidia porque su hermano estaba a punto de

comenzar una aventura que ella sospechaba fascinante. Miedo porque no sabía si aquella aventura tendría un final feliz.

22 Durante cinco años fue adiestrado en la disciplina militar hasta convertirse en uno de los guerreros más renombrados entre los jóvenes de su pueblo. Solo hacía algunas lunas que Izel había cortado su mechón en señal del fin de su tiempo de entrenamiento y ahora lucía el cabello negro y brillante que cubría su oreja derecha. Xalaquia sentía que no era el cuerpo lo único que había cambiado en su hermano. Ni siquiera su poderosa musculatura resultaba tan amedrentadora como sus silencios y sus miradas. Agilidad, rapidez y fuerza: tres cualidades que lo convertían en un enemigo poderoso y avezado. Por eso, a menudo, Xalaquia pedía a los dioses que lo protegieran, porque temía que sus extremadas cualidades le hicieran subestimar a sus enemigos en alguna batalla.

Ella, entre tanto, había buscado el modo de escapar de su destino. Se veía a sí misma enterrada bajo la arena de un sexo que parecía negarle la oportunidad de construir su identidad. Su padre no tardaría mucho en elegir con quién habría de compartir su vida, y sus días repetirían, sin otro aliciente que el de seguir respirando, los amaneceres que vivió hasta el final su propia madre. El fantasma de la arena se hizo tan presente en sus noches que comenzó a esconderse del sueño. Lo evitaba espionando las conversaciones de sus mayores o curioseando entre los amuletos que guardaba su padre. Poco a poco, su labor de obsesivo espionaje comenzó a dar sus frutos.

Observaba a los sacerdotes, escuchaba con atención los conjuros que Ohtonqui pronunciaba y leía los labios de los chamanes que se reunían en torno a él.

—¿Y si te descubren?

—Tranquila, Zeltzin, no lo harán.

A Zeltzin sí le gustaba su nombre. La Delicada. La Primera Hija. Había algo en esa cualidad que la hacía sentir importante. Y, más aún, protegida. Xalaquia no lograba entender que su amiga pudiese encontrar algo hermoso en aquel signo de debilidad, pero tampoco le parecía justo envenenarla con sus inquietudes. Sobre todo si, como le había sucedido a ella, acababan convirtiéndose en una obsesión.

—No deberías...

—Nadie dijo que ese lenguaje les perteneciera.

—Pero no puedes usarlo sin estar segura de...

—¿Y quién lo está? Ni el más sabio de los chamanes es consciente de todo lo que puede conseguirse si se dominan las artes del nahualatolli.

—El lenguaje de lo oculto no es un juego, Xalaquia.

—Lo sé. Es un instrumento.

—¿Para qué?

—Eso todavía tengo que averiguarlo.

Durante muchas noches probó a combinar aquellas palabras que, decían, escondían el nombre secreto de las cosas. Tratando de observar si tenían algún efecto en su realidad, comenzó a convertir aquellas frases, al principio incoherentes, en íntimas poesías de cuyo sentido ni siquiera ella estaba muy segura. Sumaba sonidos que su-

gerían lugares, acciones, recorridos, horizontes... y dibujaba vidas en aquellos versos que guardaban una música extraña, tan oscura como la noche que pretendía atraparla con sus sueños de arena.

24 Y una de esas madrugadas en las que huía de sus pesadillas, apenas unos meses antes de que se produjera el inesperado encuentro con el rebelde guerrero tlaxcalteca, repitió unos versos que nacieron en sus labios sin apenas pensarlos. No hizo esfuerzo alguno por escoger las palabras, pues sentía que eran ellas las que se escogían entre sí. Escuchó su propia voz con extrañeza, como si fuera otra persona la que hablaba, y ni siquiera su tono —más profundo y rasgado a la vez— le resultaba familiar. Intentó detenerse, pero los versos seguían naciendo descontrolados hasta que las palabras se enredaron, en forma de ramas, sobre su cuerpo. Luchó por zafarse, mas el árbol que la había atrapado se negaba a dejarla marchar, le apretaba los brazos y susurraba con las hojas los mismos versos que ella había pronunciado unos segundos antes.

Xalaquia gritó. De repente, se vio tendida en su lecho, lejos de aquel paisaje que había creído recorrer. Los brazos, sin embargo, aún le dolían. Se fijó con más atención y vio que estaban ligeramente enrojecidos: en ambos se podía adivinar la marca inequívoca de las ramas de un árbol.